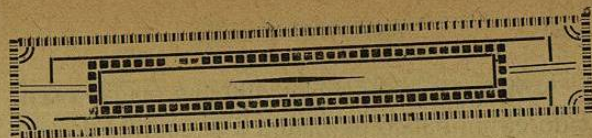


en su malvado corazón germinaba un odio insensato contra la suerte, contra Felipe de Mantua, contra todos los hombres, sin exceptuar siquiera á los que le habían recogido y se proponían curarle caritativamente, no importándoles que fuera un miserable digno de la horca y que mereciese haber muerto en un rincón como un perro.



## VI

### El Papamoscas.

Antonio Laho había recobrado las fuerzas en bastante grado para ponerse en busca de Lagardère; pero lo difícil era saber dónde buscarle. La cuestión dependía del curso de los sucesos, que ignoraba por completo. Las nuevas del mundo no traspasan fácilmente la clausura, y en Las Huelgas se desconocía hasta que se hubiera declarado la guerra á Francia. Tendría que enterarse fuera del monasterio. Quizás la contienda entre las dos naciones habría terminado ya.

Prescindiendo de su herida, pasó en el convento horas muy dulces y placenteras que jamás olvidaría; pero no podía entregarse al reposo mientras no pusiese á Aurora en brazos de Lagardère, y á Cruz en los del marqués de Chaverny.

—Mañana me voy—les dijo una mañana sentado en un banco de piedra á la sombra de corpulentos árboles entre las dos doncellas, de quienes era á la sazón sostén, amigo, casi hermano, al cual sólo podían dar agradecimiento en recompensa de la sangre que por ellas había vertido.

—¿Y adónde iréis?—le greguntó doña Cruz.

—No puedo decirlo hasta no saber dónde está el ejército francés. No creo que esté todavía en Guipúzcoa, y quizás no le encuentre ni siquiera en Navarra, sino en Aragón, ó en Cataluña.

—¿Qué habrá sucedido en tanto tiempo?—murmuró á Aurora—¡Quién sabe si Enrique, cansado de buscarme, desesperado de no hallarme, habrá pedido á la gloriosa muerte del soldado el término de sus dolores y padecimientos!

—¡Cállate!—replicó Flor—No tienes derecho á dudar de la Providencia, ni tampoco de él.

—Precisamente porque no dudo de su razón ni de su valor hablo así. Mientras no vuelva á verle, mientras no me conste que está vivo, temblaré por él. Las emboscadas y asechanzas son más terribles en torno de su vida que de la nuestra, y no sabemos tampoco qué es de Gonzaga ni cuántos crímenes habrá cometido desde que nos dejó en Gudar.

—No hay que ser pesimistas. Suponiendo que

no encuentre en seguida al caballero de Lagardère, no puedo tardar en verme con el marqués de Chaverny ó con los dos diestros: quizás los halle á todos juntos.

—¡Dios lo haga!—murmuró doña Cruz.—En tal caso, nuestra dicha no se haría esperar.

—Y en caso contrario nos pondríamos todos en su busca, y, Dios mediante, pronto nos veríais llegar al Monasterio, del cual no debéis salir por ningún caso ni bajo pretexto alguno.

—Os esperaremos, rogando á la Virgen que volváis pronto.

—Evitad que puedan veros desde fuera, porque es casi seguro que rondan el convento enemigos desconocidos. No reveléis á persona alguna vuestros nombres. Ayer mismo me permití rogar á la Superiora que no los dijese y que prohibiera á las hermanas que salen dar cuenta á nadie de vuestra presencia en esta santa casa. Todas las precauciones son pocas; pero tomando las que os indico, está asegurado el éxito, salvo un caso...

—¿Cuál?

—¡Caramba! Podrían matarme antes de cumplir mi misión.

—¡No digáis eso!

—Hay que preverlo todo—prosiguió él fríamente.—Si transcurrido un mes no hubiera

vuelto ni viniese alguno de los otros á buscaros, salid de aquí, pasad como podáis la frontera, y refugiaos en el mesón de mi hermana Jacinta en Bayona. Ella os protegerá.

Al día siguiente muy temprano Antonio estaba dispuesto á emprender el viaje, vestido con un hábito de fraile, el mejor disfraz que podía hallar en aquellos tiempos para recorrer tranquilo toda España.

Montó en una de las mulas por no usar caballo los monjes, y en un cinturón bajo el hábito llevaba una daga y su inseparable navaja. Despidióse de las dos damas haciéndoles nuevas recomendaciones, reiteró su agradecimiento á la Superiora, y se dirigió hacia Burgos para averiguar en qué dirección le convenía ir.

Supo que el ejército francés se había apoderado de todo el Nordeste de España y ocupaba toda la frontera desde las Vascongadas á Cataluña. En opinión de todos, la guerra tocaba á su fin.

Tenía que dirigirse hacia Cataluña, y el trayecto era tanto más largo, cuanto que un religioso no puede caminar á rienda suelta como un correo. No había tiempo que perder: en primer lugar para calmar la ansiedad de las doncellas, y luego para llegar al ejército antes de que Lagardère se hubiera separado de él, pues no podía

esperarse que continuara en el Real después de cesar las hostilidades.

Al pasar ante la soberbia catedral burgalesa el vasco no podía olvidarse de dar gracias al Cielo por haberle salvado de morir; su sencilla y viva fe de montañés hacía dulce á sus labios la oración. Ató su cabalgadura á una de las pilastras exteriores, y fué á prosternarse ante el famoso y milagroso Cristo. El sol, filtrándose á través de los amplios ventanales de vidrieras multicolores, iluminaba, envolviéndolo en un nimbo de luz, el demacrado rostro del Redentor del Mundo.

Laho, arrodillado en las losas, rogaba fervorosamente y pedía al Todopoderoso fuerzas y fortuna para cumplir su generosa misión. Terminada su plegaria se levantó, y dirigióse hacia una de las puertas laterales, cuando dieron las nueve y un grito estridente que turbó el silencio majestuoso del templo retumbó en las bóvedas y fué repetido por el eco: era el célebre *Papamoscas*, autómeta de madera que cada vez que da las horas el reloj de la catedral lanza un grito extraño, mezcla de gemido, alarido y aullido de espanto. Antonio se detuvo un instante y se estremeció á pesar suyo, aunque no era la primera ni la segunda vez que le oía.

Según la tradición, fué mandado hacer y colo-

car por Enrique III *El Doliente*, en memoria de una hermosa mujer que le salvó la vida. La vió el Monarca castellano una mañana orando ante el sepulcro de Fernán González, y quedó prendado de su belleza; volvió una y otra vez, se miraron amorosamente varios días sin hablarse, la dama dejó caer su pañuelo, el Rey lo recogió, lo guardó apresuradamente y le trocó por el suyo, que la hermosa recibió sin protestar, y desapareció.

Ya casi la había olvidado el Monarca, cuando un día, más de un año después del cambio de los pañuelos, don Enrique se extravió en un bosque y fué acometido por seis hambrientos lobos.

Tras ruda lucha pudo deshacerse de tres de las fieras; pero las otras le acosaban furiosas. Ya perdía las fuerzas, é iba á perecer sin remedio, cuando súbitamente oyó un disparo y un extraño grito, estridente, siniestro, que hizo huir á los lobos. Una mujer misteriosa le miraba con los ojos fijos y sin poder proferir palabra alguna. Su rostro estaba horriblemente contraído, y de su pecho brotaba una y otra vez el alarido espantoso, extrahumano.

Al volver en sí de su estupor el Monarca reconoció en aquella mujer á la joven de la Catedral, y se abalanzó hacia ella para estrecharla entre sus brazos; pero ella le detuvo con majestuoso ademán, y dijo con voz dulce y melancólico tono:

—Amé la memoria del Cid y de Fernán González porque amo todo lo que es grande, noble y generoso; por eso te amé. Pero el deber me ha impedido consagrarte este amor, que hubiera constituido la felicidad de mi vida. Acepta el sacrificio...

Y sin poder terminar, cayó muerta.

Un año después el *Papamoscas* comenzó á lanzar cada hora aquel grito que salvó la vida al Rey haciendo huir á los lobos.

Como hemos dicho, Antonio se detuvo instantáneamente. Cuando volvió á andar se fijó su vista en un hidalgo flaco, macilento, verdadero esqueleto ambulante, que se arrastraba con trabajo apoyándose en un bastón: era Peyrolles; Peyrolles, á quien doña Cruz aseguraba haber matado. Parecía muy taciturno y sombrío.

Reducido á la impotencia, ignorando el paradero de Gonzaga y de Aurora de Nevers, viviendo de la caridad de los que le habían recogido y le curaban, ansiaba hallarse bastante fuerte para ir á reunirse, aunque fuera á pie, con el Príncipe y sus secuaces. Aburrido, atemorizándole su aislamiento y su pobreza, para huir de sus negros pensamientos se refugiaba en las iglesias, ó marchaba al azar por las calles, mirando con atención á los transeuntes, rumiando su venganza y sus odios.

Un monje se le acercó, sin que le hubiera visto llegar, y le dijo al oído:

—Os aguardan en la puerta de Vizcaya.

—¿Quién?

—Allá lo veréis. Apoyaos en mi brazo.

El intendente dió un paso atrás.

—No sé quién sois, y no quiero seguiros.

—El hábito que llevo debe inspiraros confianza.

—¿Y quién me prueba que os pertenece en realidad?

—Venid—replicó Laho con impaciencia, porque era él.—Tengo que deciros cosas importantes. Felipe de Mantua...

El mayordomo se sobresaltó.

—¿Dónde está?—preguntó.

—En Lérida. Tenéis que reuniros con él antes de que transcurran cinco días.

El vasco esperaba llevarse con él por medio de esta treta á Peyrolles y ponerle en manos de Lagardère, pues aunque prefiriera matarle inmediatamente, respetaba su vida por pertenecer al caballero.

Pronto se convenció de que el desconfiado mayordomo no le seguiría, y no se atrevió á mentir más en el templo, ni á insistir. No sabía qué hacer, y tal vez era preferible así.

Después de todo, Aurora de Nevers estaba á

salvo de sus asechanzas. Aun en el supuesto de que descubriera su asilo, necesitaría para hacerla salir de Las Huelgas una orden del Rey ó de la Inquisición, y así y todo la Abadesa podía negarse á cumplirla si era solo Felipe V el que la daba. En tales condiciones no era peligroso que se quedase en Burgos.

El fingido monje se inclinó entonces hacia el miserable, y le dijo en voz baja y clara:

—Mira bien ese autómeta horrible. Antes que haya lanzado su alarido doce veces á la hora del mediodía, Gonzaga y tú habréis lanzado vuestro grito de agonía.

Peyrolles al oírle se desplomó sobre las losas. Cuando pudo recobrar aliento y contener el convulsivo temblor que sacudía sus miembros, Antonio hallábase ya muy lejos.

